EL BAZAR DE LOS DIFUNTOS

ALAIN MABANCKOU

EL BAZAR DE LOS DIFUNTOS

Traducción de Lucía Dorin

Mabanckou, Alain
El bazar de los difuntos / Alain Mabanckou. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
248 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Lucía Dorin.
ISBN 978-987-628-795-1

1. Literatura. 2. Novelas. 3. Ficción General. I. Dorin, Lucía, trad. II. Título.
CDD 843

Título original: *Le commerce des allongés*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: noviembre de 2025

Cet ouvrage a bénéficié su soutien du Programme d'aide à la publication de l'Institut français.
Esta obra cuenta con el apoyo del Programa de ayuda a la publicación del l'Institut français.

© Alain Mabanckou, 2025
© Éditions du Seuil, 2022
© de la traducción Lucía Dorin, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-795-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Printing Books

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 ejemplares de *El bazar de los difuntos* de Alain Mabanckou se terminó de imprimir en Printing Books, Mario Bravo 835, Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, en octubre de 2025.

A Pauline Kengué, mi madre,
cuyas fábulas son más o menos retomadas aquí.

A Roger Kimangou, mi padre,
al que le gustaba contradecir las versiones de mi madre.

A los jóvenes que me recibieron calurosamente
en Goma y en Bukavu (RDC),
donde el libro se terminó.

El sueño más largo de tu muerte

Nueva vida

No dejas de repetírtelo, al punto de haberte convencido ya: una nueva vida comenzó para ti hace menos de una hora cuando una sacudida abrió la tierra a tu alrededor y fuiste como aspirado por un ciclón antes de ser proyectado ahí donde te encuentras ahora, arriba de una prominencia de tierra coronada por una cruz de madera muy nueva.

—¡Respiro! ¡Vivo! —te habías susurrado en ese momento en señal de victoria.

Pero ahora, mientras la claridad del día despunta en el horizonte, ya no estás para nada habitado por esa certeza. Las imágenes que te persiguen son más bien las de tus últimas horas, las de un difunto encerrado en un ataúd y conducido a lo grande a su morada final, aquí, en el cementerio de Frère-Lachaise.

Así no logras desviarte de esas reminiscencias, y vuelves a ver el largo cortejo que te acompañaba por las principales arterias de los barrios de Pointe-Noire. Ese paseo de cadáver que precede al entierro es una práctica habitual en la ciudad, la población la recibe como un homenaje a la memoria del difunto que partiría con imágenes de júbilo. De este modo, te llevan seis colosos de musculatura descollante, de hombros cuadrados, y vestidos con ropa blanca y zapatos de charol negro de punta.

Ejecutan una orden y no están ahí para entender las causas del fallecimiento del individuo que trasladan. Se ciñen al itinerario indicado por las familias sufrientes, nadie escuchará sus voces durante toda la procesión.

Acomodado en el ataúd, mientras te pasean a través de las callecitas más tortuosas, anticipas lo que sucederá al término de ese periplo. Ya has asistido a los desfiles funerarios de este tipo porque algunos transitaban por la calle del Joli-Soir donde has vivido con tu abuela hasta tu muerte. Por eso eres consciente de que al final te conducirán al Frère-Lachaise donde ya no serás más que un muerto entre miles y miles de otros. Si tienes suerte, recibirás cada año otras visitas además de las de tu abuela Mâ Lembé. Descubrirás hermosos ramos de flores encima de tu tumba los días de Todos los Santos, o en la fiesta de la Independencia, aunque este último caso sería una suerte de ironía del destino ya que la causa de tu fallecimiento está ligada a la celebración de ese evento nacional. Después, una vez que te hayan enterrado, el tiempo se meterá en este asunto, el olvido recubrirá la determinación de quienes te conocen, hasta ese periodo de la estación seca en el que ya no verás ni una sola alma aventurarse ante tu tumba. Esta será prisionera de las hierbas y perseguida de manera permanente por especies variadas de lagartos o de serpientes negras que, según las leyendas de tu etnia de los babembés, son "almas sin domicilio fijo", en una palabra, difuntos que han suscitado tantos perjuicios sobre la tierra que se habrían metamorfoseado para siempre en reptiles de cementerio…

Habrías podido dejarte desanimar por esos pensamientos deprimentes. Por el contrario, los rechazas con un revés de la mano y buscas con empeño otros medios de convencerte de que vas a

disfrutar de esta nueva vida que te permitirá regresar a la ciudad tan pronto como sea posible para arreglar unas cuantas cosas.

Descomprimes tus piernas, extiendes tus brazos en cruz con el objetivo de emanciparte de la postura fetal que habías adoptado por instinto a modo de protección en el momento en que te habías convencido de que los residuos vegetales expectorados por la sacudida terrestre y proyectados con furia por el ciclón acabarían por encallar sobre ti. Haces crujir tus dedos uno después de otro como si el estallido de las microburbujas en tus articulaciones fuera la confirmación irrefutable de esta existencia.

Ahora quieres verificar que eres capaz de agarrar los objetos. Logras poner la mano sobre una pequeña piedra tan redonda como una bolita. La haces girar entre tus dedos índice y pulgar, disfrutas de la sensación relajante del tacto antes de encerrarla en tu palma, y con todas tus fuerzas, sin levantarte, con los dientes apretados y los ojos cerrados, lanzarla al vacío.

Primero hay un gran silencio que te parece interminable, después oyes rebotar varias veces la piedra contra el mármol de una tumba, a tres o cuatro pasillos de la tuya. La habías lanzado bien alto al vacío, lo que en sí mismo es una gran proeza.

Una gran sonrisa de satisfacción te relaja los labios, desde ahora consideras tener bastantes motivos para abastecerte de tu humor alegre y para combatir de verdad la cadena de esas imágenes de tristeza que había obstruido hasta ese momento tus pensamientos.

Reanimado por tu euforia, decides por fin levantarte. Es la primera vez que te pondrás de pie desde que has surgido de tu tumba. Te apoyas sobre la cruz de madera y logras a duras penas erguirte sin romperla. Eres indiferente a los chirridos de las articulaciones de tus codos cada vez que te sacas la tierra rojiza de

tu ropa. Llevas un saco naranja de crepé con solapas largas, una camisa verde fluorescente, dotada con un gran cuello de tres botones y puños mosquetero redondeados. El nudo mariposa blanco está un poco torcido, lo reajustas pensando en tu abuela Mâ Lembé quien, los días de iglesia, no soportaba que se inclinara hacia un lado. Tienes el sentimiento de que recibiste agua aquí y allá, tu camisa, de hecho, está humedecida a la altura de las axilas, en la espalda y a la altura del bajo vientre. Debes haber transpirado en el confinamiento de tu cajón, te dices.

Observas ahora con cara de admiración tu pantalón patas de elefante violeta, también de crepé, y esos zapatos Salamander de charol rojo con cordones blancos. Ya que ese calzado te haría correr el riesgo de aprisionar tu movilidad, resuelves sacártelo y tirarlo a ambos lados de la tumba, mirando de reojo con sorpresa las suelas con plataformas desmesuradas, si bien la estatura no te desfavorece en absoluto.

No hay dudas, te dices, estos zapatos te los sugirió a las apuradas un comerciante en los alrededores de tu trabajo, el Victory Palace. En la zona de ese hotel francés, a la altura de la rotonda Patrice-Lumumba, se llega al Gran Mercado donde cada día los habitantes de Pointe-Noire se abalanzan sobre los bultos de ropa y cajas de zapatos provenientes de Francia, en especial de Marsella, de Burdeos o de El Havre. Además, los jóvenes les pusieron un nombre a esos trapos baratos: *sola*, que significa 'elegir' en munukutuba. La ropa llega al puerto de Pointe-Noire comprimida, embalada en plástico y bien precintada para prevenir los robos. Los zapatos están ordenados en unas bolsas gruesas de tela, también precintadas. Los grandes comerciantes (los libaneses, los senegaleses o los magrebíes) los compran al por mayor, los revenden a los pequeños comerciantes (de Pointe-Noire) que los liquidan al por menor. Después de que abrieron y

desembalaron los bultos y las bolsas, los pequeños comerciantes ponen los zapatos y la ropa en varias pilas sobre lonas desplegadas a ras del suelo en el centro del mercado. Los clientes los olfatean como si fueran cánidos, los prueban sin preocuparse por la gente que los ve desvestirse en público. Dejan lo que han elegido a un costado, entre sus piernas, no deciden pasar por la caja sino después de haber conseguido una rebaja considerable, sobre todo si detectaron un hilo descocido, un botón que falta, una etiqueta mal arrancada o una mancha, incluso la más microscópica. Poco importa que solo sea visible a los ojos del comprador, el cliente es el rey, lo que él ve es lo que cuenta. Ningún precio está tallado en la piedra, todo está "por debatirse".

Si bien sientes sobre ti el olor de los *sola*, hayan sido comprados en bultos o, a lo mejor, siempre en el Gran Mercado, pero en el negocio de tu comerciante preferido Abdoulaye Walaye, hipótesis que te parece la más verosímil, hay otro olor que prevalece, el agua de colonia Mananas que se esparce habitualmente sobre los cadáveres y que se vende en los puestos de los libaneses. Nadie usaba Mananas en Pointe-Noire, porque los que se cruzaran con él lo tomarían por un aparecido, incluso para alguien que trabajase en un cementerio o en la morgue.

No te acuerdas por ahora en qué momento esa fragancia empezó a estar en tu ropa. No obstante, recuerdas que no te cambiaste el atuendo desde hace casi cinco días, lo que significa que fuiste enterrado con la misma vestimenta…